

Todavía Juan de Miranda

Por Pedro TARQUIS

La Cena

En la capilla de los Remedios de la hoy Santa Iglesia Catedral de Tenerife se halla un óleo, con figuras de cuerpo entero, representando *La Santa Cena*, pintura destacada del XVIII. Muchos años estuve examinando y dándole vueltas a esta obra del artífice de Gran Canaria, pues si bien parecía de manos de Juan de Miranda Guerra, pudiera darse el caso de ser de un discípulo colocado muy cerca de él. No me atrevía a atribuírsela. Vino a aclarar la cuestión un manuscrito de la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife, hablando de la vieja iglesia de Ntra. Sra. de los Remedios, después Catedral de La Laguna, debido a la pluma e investigación del ilustre racionero don Antonio Pereyra Pacheco y Ruiz, cura que fue muchos años de la parroquial de San Marcos de Tegueste, gran amante de las antigüedades religiosas de Canarias. Allí consignó que el óleo de *La Cena* era debido a los pinceles de Juan de Miranda. La paternidad no deja lugar a dudas por ser bastante verídico el Sr. Pereyra Pecheco, y

por lo que tengo dicho más arriba de ser de la manera del artífice de Las Palmas.¹

De esta pintura de Miranda Guerra, no obstante ser de las más acabadas y cuidadas del maestro,² no se ha hablado como se merece hasta este momento. Es obra que está a la altura artística de las mejores Concepciones que produjo Miranda; se halla muy cerca, en luces, ejecución y corrección de dibujo, de la *Purísima de la Tiara*, que posee don Arturo López de Vergara en esta Capital. Es *La Santa Cena* que nos ocupa una de las obras de gran tamaño que el Sr. Miranda Guerra produjo en su segunda época, superior en muchos aspectos a *La Adoración de los Pastores* de don Bartolomé Montañés, como tendremos ocasión de ver en este trabajo; por ejemplo: notamos una gran confusión en la composición de la última pintura nombrada, sobran figuras o están mal ejecutadas; en cambio en el lienzo de la Catedral de La Laguna encontramos a Cristo y los apóstoles sin ninguna otra figura ni añadidos naturalistas, ni temas secundarios al estilo de Valdés Leal.³

La *Cena* está situada en un interior de arquitectura, de cierta

¹ No hizo constar Pereyra Pacheco, cosa muy frecuente tratándose de cuadros, la cantidad que se abonó a Miranda Guerra por la ejecución de esta pintura. Hay que suponer, dado su tamaño y el número de figuras, que no bajaría su precio de mil reales de plata, teniendo en cuenta tasaciones hechas por don Luis de la Cruz y Ríos a finales del XVIII.

² Debemos hacer observar que *La Santa Cena* se halla en un estado de conservación perfecto. A todas las obras de este artífice de Gran Canaria les sucede igual; hasta en el techo de la Orden Tercera de Santa Cruz las pinturas que han necesitado menos retoques son las suyas. Tiene Juan de Miranda un empaste sólido, que se agarra bien al lienzo y no se resquebraja ni cuarteja. Trabajaba a conciencia.

³ En *La Natividad* de Montañés hay más de un defecto que señalar, no obstante el aprecio en que siempre se ha tenido en Tenerife esta obra. Vemos allí unas columnas renacimiento, por detrás de las cuales está el Divino Pesebre. Como decoración y siguiendo modas de Italia estará muy bien aquella arquitectura, pero es impropia del asunto, que requiere más sencillez y pobreza. Añádase la falta de transparencia en el color, de una sequedad grande. Últimamente, al albear la capilla Bautisterio, lo han salpicado de cal, y esto decolora la pintura y la deja manchada.

importancia con relación a la mesa y grupos de figuras, en una perspectiva vista de frente. Al fondo hay un óculo. Es una arquitectura de un barroco muy moderado, en un estilo de Borromini. En contra de las tendencias de Juan de Miranda, hay allí buena parte de clásico, como si estuviera inspirado en grabados de obras de Italia. El barroco más marcado aparece en los ropajes de aquellos apóstoles que se hallan situados en los extremos y del lado de acá de la mesa, pues Jesús centrado en el fondo, San Juan y los otros apóstoles que le rodean tienen unas telas de plegado sobrio y hechas con delicadeza. Hay pues evidente contraste, dando la sensación de que el pintor de Gran Canaria, como siempre, se ha valido de dos o más grabados, reformados además por su cuenta, con el fin de aparentar cierta originalidad en encargo de la importancia de este de Nuestra Señora de los Remedios.

Tiene *La Cena* las luces más verdaderas de cuantas obras he visto de Juan de Miranda,⁴ sin exceptuar las más sobresalientes y delicadas de la segunda y tercera época, que en lo que respecta a la luz se observa falseamiento, quizás por la falta del natural. La claridad que viene a dar sobre el mantel próxima a Jesús resulta muy bella, interesante y, como digo más arriba, bastante verdadera o real. Al reflejarse sobre el Divino Redentor y los apóstoles del grupo central de la composición —en realidad no hay grupos, están todos sentados en torno a la mesa en posturas variadas, pero sin formar grupos coordinados, al estilo de los clásicos de Italia, como en Andrea del Castaño, en *Santa Apolonia de Florencia*—sirve aquel reflejo para llamar la atención del espectador sobre Jesús y los que a su lado se hallan. Hay así una zona en media pe-

⁴ Estas luces empleadas aquí por el artista de Las Palmas, tan concentradas alrededor de Jesús, formando un destacado contraste con el resto, nos recuerdan, involuntariamente, la técnica luminosa que seguía el famoso Rembrandt Harmensz, que no es sino una modalidad de la revolución luminosa llevada a cabo en Italia por Michel Angelo Amerighi (Caravaggio), transportada a Holanda. Pero respecto al color encontramos que las luces de Juan de Miranda en *La Cena* son plateadas, y las de Rembrandt es bien sabido por todos que tienen una tonalidad dorada: el baño de oro del gran maestro de Holanda de que nos habló el crítico frances Reinach.

numbra, con figuras de apóstoles vistos a contra luz, en el primer término; zona intermedia, iluminada con bastante viveza, sobre el Maestro y sus discípulos colaterales, luz tranquila y llena de unción religiosa; un término más allá o tercer término, de nuevo en media penumbra agrisientada. Un buen escalonamiento le da profundidad a esta pintura del artífice de Las Palmas.

La composición de esta *Santa Cena* campea bien, porque los fondos en donde se halla situada son amplios. Y nos conviene hacer observar, respecto a este extremo, que Miranda Guerra jamás se encoge en los escenarios de sus obras: *La Transfiguración del Señor*⁵ y *Los mercaderes arrojados del templo* en el palacio de don Bernardo Rodríguez Carta, *El Niño Jesús y los Doctores* en la Concepción de Santa Cruz, etc., son pruebas claras de que no escatima lienzo y que tiende a una gran decoración; a veces se pasa y hasta embrolla la composición a fuerza de la magnitud del escenario. Pero en *La Santa Cena* de los Remedios el equilibrio entre los personajes y los fondos es perfecto. Recuérdese *La Cena* de Juan de Juanes, en el Museo del Prado, que se ha discutido haber sido hecha para el banco del retablo mayor de San Esteban de Valencia, dada su forma alargada y de poco alto; pero el caso es que Jesús y los apóstoles lo son todo y el escenario no cuenta para nada.⁶

⁵ Esta pintura, ejecutada para decorar el rellano de la escalera de honor del citado palacio, es una de las mayores obras de Miranda Guerra en Tenerife, y aun en toda Canarias; las que hemos visto en Las Palmas son menores. Para su composición se valió de grabados de Rafael de Urbino, que aún a través del temperamento y de la manera de dibujar del isleño son visibles. Dado el tamaño del lienzo, así es el escenario donde lo plantó Miranda: enorme. El extenso paisaje está también entendido en la manera italiana del XVI, siguiendo en buena parte a los grabados. Ejecución de las más amplias y fogosas del artífice de Gran Canaria.

⁶ No quiero extenderme en hablar de otras Santas Cenas en las que —como en la de Leonardo de Vinci en Santa María de la Gracia, Milán— juega papel importante el escenario donde están plantadas y la perspectiva, al estilo de esta que hizo Miranda para los Remedios. La misma del Castaño, de que hablé antes, tiene amplia perspectiva, pero decorada y lujosa, no parece un buen escenario para la humildad de Jesús y sus apóstoles. Las dos Santas Cenas nombradas tienen escenarios hermosos; como si lo viéramos en el natural, en habitaciones amplias, o con apariencias de palacios. El escenario de *La Cena* de nuestro Miranda es más estrecho y pobre; quizás por ello nos parezca más verdadero.

Y no es que se trate de comparar la obra de Juan de Miranda con la de Juan de Juanes, sino hacer ver que esta pintura es una de las más pensadas y mejor realizadas por el artífice de Gran Canaria, como que le iba una buena parte de su prestigio al ser expuesta en una iglesia en donde concurría lo más selecto de La Laguna; y un asunto tan tratado por los maestros de Valencia, Granada, Sevilla, y otros muchos de los extranjeros.

Así en esta composición quiso buscar la originalidad hasta en las proporciones del lienzo. Por lo general las pinturas de este asunto son más largas que altas. Miranda Guerra logró encajarla más alta que larga para poder trazar por encima de Jesús una perspectiva de interior.⁷ Y si bien dije antes que las figuras están sencillamente sentadas sin formar grupos como en *La Santa Cena* de Andrea del Castaño, no es rigurosamente exacta la comparación, porque en el Castaño los apóstoles están sentados a plomo, casi sin movimiento, y en Miranda sin haber grupos, tiene, sin embargo, cada personaje movimiento y actitudes variadas, lo suficiente para darle a esta pintura una armonía y vida indiscutible, y llega hasta el arrebatado barroco de determinados apóstoles. Hay trozos allí inspirados, probablemente, en los grabados de su Biblia.

En cuanto al colorido, variadísimo, nos está indicando que *La Cena* pertenece a la segunda época de Juan de Miranda. Hay un trozo muy bello de colorido en Jesús y la parte iluminada, con una fuerza que parece una pintura más moderna, donde situó los blancos y los azules de unas tintas muy limpias y brillantes. Y dejó el primer término para los ropajes verdes y amarillos; el primero de estos colores, de una transparencia notable, nos da la sensación de una laca, y tratado con una técnica colorística de medias tintas y reflejos dignos de señalarse como otra buena cualidad de Miranda en esta obra. Los finos grises de los fondos contribuyen, y no poco, a ambientar la escena y darle una perspectiva aérea, ayudada por las zonas de luces y medias penumbras de que se habló antes.

⁷ Hay una Cena en Valencia, debida a los pinceles de Francisco Ribalta, más alta que larga, pero las figuras están vistas de medio cuerpo, no de cuerpo entero como en el cuadro de los Remedios de La Laguna.

Además encontramos aquí empleadas con habilidad por el pintor de Gran Canaria las tierras de Siena, que dan calor a los apóstoles del primer plano.

Tal es el óleo de *La Santa Cena* de Miranda Guerra, en nuestra Catedral, en una crítica general. No es mi propósito de entrar a analizar con detalle, figura a figura, sus expresiones, su estudio psicológico, etc. La última cena de Cristo es asunto de empeño tendiendo a lo bueno. Cuando lo tratan artistas malos es detestable. En Tenerife tenemos una de regular tamaño en el retablo mayor de la parroquial del Tanque, otra en la iglesia de San Marcos de Icod, otra en la Orden Tercera de Santa Cruz, etc; ninguna de ellas tiene mérito artístico. La de Miranda, dentro de su categoría de pintor, es bastante buena.

Y, para finalizar, no me explico, de ninguna manera, cómo el cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral no se ha fijado en esta pintura, interesante por ser una obra regional de mérito y de manos de Juan de Miranda —que es el pintor religioso de Canarias más estudiado hasta hoy— y por otra parte de las mejores existentes en aquel templo. La tiene colocada en tan malas condiciones, que la mayoría de los visitantes de la Ciudad de los Adelantados, que entran allí como paso obligado, no se dan cuenta de que existe. Primero es la altura en donde han colgado *La Santa Cena*, que me parece no baja de cinco a seis metros sobre el piso, por su parte inferior. Desde luego no tienen así *La mujer adúltera y Cristo*, en la capilla de Santa Teresa; ni el óleo de San Cristóbal, en la del Santo Cristo de la Columna; el Rey San Fernando, en la girola, etc. Y se añade a esto que la luz es mala, las ventanas están colocadas más al fondo de la capilla de los Remedios y por lo general se hallan tapadas por cortinas, ¿cómo es posible ver *La Cena* en semejantes condiciones? Se precisa llevar gemelos para ver algo. Sería conveniente colocarla más baja para poder apreciar su ejecución y donde nos podamos colocar en un punto de vista apropiado; y al mismo tiempo con luz, aunque sea mediana.

Ideas para un catálogo de las obras de Miranda

Todavía estamos lejos de poder formar un catálogo en donde figuren, ordenadas cronológicamente, las obras conservadas en templos y casas particulares —no sólo en Tenerife sino en La Palma y las otras islas— del pintor de Gran Canaria Juan de Miranda Guerra. Además, para cada obra debe constar su propietario actual y el lugar donde hoy se encuentra, y entre paréntesis las dimensiones de cada una. Debajo, en letra menor, algo de la historia de ella desde su gestación y salida de manos del artifice hasta hoy. Una redacción semejante, por ejemplo, al *Catálogo del Museo del Prado*, Madrid, MCMXLIX. Se han citado y localizado diversos óleos de este pintor de Las Palmas, pero distanciados unos de otros, con grandes lagunas por llenar que jalonan debidamente su producción. Tales vacíos indican que, aparte de estar lejos el verdadero catálogo de sus obras, se halla igualmente por hacer su biografía. No obstante nuestros esfuerzos, nos faltan documentos para ello. Quizás aparezcan en su día y se completen la vida y pinturas de este interesante artifice.

Documentos, cartas, con probabilidad del Pintor de Cámara Antonio Sánchez González, su yerno, desde Madrid, pudieran aclarar muchas cosas relativas a los dos pintores. He encontrado algunas cartas de Sánchez González, cuyos párrafos principales y de interés público y artístico iré dando a conocer en la prensa de Santa Cruz, ciudad nativa, según es sabido, del citado Pintor de Cámara. Y existen otras cartas del Sr. Sánchez en legajo rotulado «Academia del Consulado de Canarias» —o algo por el estilo— relativo a la clase de Dibujo, que este organismo instaló en su local de la calle de Piteras, esquina a la de los Álamos, en la ciudad de La Laguna, legajo que se conserva en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz. Pero sin duda debe de haber notas del mismo Juan de Miranda en donde se consignara, aunque no fuera sino someramente y por curiosidad, los encargos que se le hacían. Asimismo existirán recibos de pagos de sus cuadros. Esto en lo que respecta a Tenerife. De Gran Canaria, entre los ascendientes del artifice y su casa de Santa Cruz, es lógica la existencia de una correspondencia. ¿Dónde está todo esto? No lo sé. Pero hay que buscarlo, pues

tal es la obligación de los investigadores. Siguiendo la pista a los nietos de Miranda Guerra —nacidos en este puerto de Añaza, como su padre— a todo lo largo del siglo XIX pudieran los descendientes de éstos conservar algunos documentos.

El crítico español don Juan Contreras, Marqués de Lozoya, en su rápido viaje por Tenerife —siendo Director General de Bellas Artes—, no pudo por falta de tiempo añadir nuevas obras para este futuro catálogo. Fue una lástima, porque con sus extensos y sólidos conocimientos hubiera podido hacer bastante más que nosotros. De prolongarse su estancia en Canarias para estudiar con algún detalle las obras auténticas de Miranda Guerra, pudiera haber señalado luego otras no clasificadas hasta hoy. Se limitó don Juan Contreras a hacerse acompañar por algunos personajes de esta isla, como fue don Fernando Salazar —que le sirvió muy bien en La Orotava— o el obispo de La Laguna, fray Albino González y Menéndez Reigada, quienes le señalaron lo ya conocido de don Fernando Estévez del Sacramento, de don José Luján Pérez, de don Luis de la Cruz y Ríos, de Juan de Miranda, etc., y puede que nada de don José Rodríguez de la Oliva, y menos aún de Domingo Pérez Donis, que se nos presenta como un imaginero clásico de los más insignes del Archipiélago y digno de figurar, de igual a igual, entre los continuadores de Juan Martínez Montañés, a juzgar por su magnífico Cristo del convento de San Juan Bautista en el Puerto de la Cruz, que consta documentalmente ser de este artífice.

Y no quiero tratar de las equivocaciones que se deslizaron con motivo de este viaje, como fue el hablarnos el Sr. Marqués de Lozoya del Cristo de la Columna de la Santa Iglesia Catedral como obra de Fernando Estévez, según he leído en un folleto de la Biblioteca Municipal de Santa Cruz. Ignoro si la equivocación fue debida a una mala interpretación o distracción de don Juan Contreras o de sus acompañantes, ya que en el mismo templo existe, en efecto, un Cristo debido al imaginero de La Orotava, pero no el de la Columna, sino un Crucificado que el maestro hizo para las salas capitulares, y está hoy junto a la girola de la parte del Evangelio.

Volviendo a las obras aún no clasificadas de Juan de Miranda, sabemos que a finales del XVIII había en La Orotava un apostolado

1000



JUAN DE MIRANDA: *La Santa Cena*. Catedral de La Laguna



JUAN DE MIRANDA: *La Santa Cena*. Detalle

debido a sus manos en la casa de don José de Béthencourt. Habría que buscar quiénes son los descendientes de este señor, que al parecer era de las Milicias Canarias, por si aún estuvieran en poder de alguno de ellos los citados cuadros del pintor de Gran Canaria, o localizar a qué manos han ido a parar. Los apóstoles en cuestión fueron muy elogiados. Precisamente poseo los grabados pequeños de un apostolado de manos de Juan Bautista de la Piazzeta, pintor de Venecia, que del artífice Cárdenas, discípulo de Juan de Miranda, pasaron a don Gumersindo Robayna, de este a mi padre y luego a mí; grabados pequeños que bien pudieran haber servido a Miranda Guerra para su apostolado de La Orotava, que dicen era también de óleos pequeños.

La falta de método en la investigación, por parte mía, me ha impedido el dar a conocer alguna otra obra de Juan de Miranda, de las numerosas conservadas en la Isla. En cierta ocasión, hallándome en el Puerto de la Cruz, me llevaron a ver, en la calle de Santo Domingo, en una casa particular, una Concepción de manos de Juan de Miranda, de tamaño pequeño. Una Purísima que estaba bastante bien y característica de este maestro, pues precisamente fueron sus Inmaculadas las producciones que más fama dieron al pintor de Gran Canaria, como con muy buen acierto han venido diciendo los críticos del Archipiélago. Pues bien, al salir a la calle no tuve la curiosidad de apuntar el número de la casa, ni el nombre del propietario del cuadro; así no puedo dar hoy sino estas vagas noticias.

Habría que incluir, quizás, en el catálogo de las obras de Miranda Guerra, los frescos que decoran las pechinas de la cúpula de San Francisco Javier, iglesia que fue de la Compañía de Jesús, en Las Palmas. Se habían considerado hasta hoy como pinturas ejecutadas por Francisco de la Paz Rojas, maestro del pintor de que tratamos —así lo consignó en su *Grta de La Laguna*, editada por el Instituto de Estudios Canarios, don José Rodríguez Moure, no sabemos con qué fundamentos—. Los críticos de Gran Canaria aseguran, a última hora, que los frescos de las pechinas son debidos a los pinceles de Juan de Miranda y no de Francisco de la Paz Rojas, pues solamente son originales del último artífice las pinturas de la cúpula.

Estas obras murales de San Francisco Javier fueron ejecutadas

con anterioridad al año de 1767. Con posterioridad, la curiosa iglesia de la Compañía de Jesús —que rompe normas con las otras construcciones religiosas del Archipiélago— ha permanecido casi intacta. La expulsión de los jesuitas de España, por orden de S. M. D. Carlos III de Borbón, tuvo lugar en Las Palmas el 23 de abril de 1767, por don Fernando del Castillo Ruiz de Vergara, y ya estaban pintadas las pechinas de la iglesia ¿Desde cuánto tiempo antes? Los investigadores de Gran Canaria que aseguran son debidas a Miranda Guerra tienen la palabra, pues sin duda han encontrado fuentes históricas en donde conste, por lo menos, la fecha aproximada en que este artífice las realizó.

En cuanto a lo que consigna la Dra. en Letras Srta. María Rosa Alonso, en su *Índice cronológico de pintores canarios*, publicado en esta REVISTA DE HISTORIA, donde dice hablando de Miranda Guerra: «también cultivó el paisaje», ignoro de dónde sacó los datos para sentar tal premisa. La verdad, no conozco ningún paisaje de Miranda. Como fondos de cuadros, sí; pero paisaje, lo que se entiende por tal género, de interpretar a la naturaleza en un sentido de belleza y sentimiento profundo, tratada como motivo fundamental e independiente de las figurillas que se puedan introducir en ellos, no conozco ninguna obra del maestro de Las Palmas.

Encuentro, entre los artífices clásicos, que en el testamento extendido en La Laguna del imaginero y pintor Domingo Pérez Donís —interesante figura que ni se ha empezado a estudiar y sin embargo preséntase con fuertes resplandores ante nosotros, desde el fondo del siglo XVII— se hace constar que tiene en su taller dos tablas de países. Como todo lo que está en su taller de la calle de Triana, Las Palmas, son obras concluidas o medio concluidas por Pérez Donís y sus discípulos, es de suponer se dedicaba también este pintor a hacer paisajes. Dato interesante. Fuera de esto hay un paisaje bastante luminoso y transparente, si bien sólo como fondo de figura, en el segundo cuerpo del retablo que fué de la Capilla de los Franceses o de la Epístola, en San Francisco de Asís, de Santa Cruz, donde se representa a una Santa penitente. Pero el verdadero desarrollo del paisaje en Canarias no empieza sino después de la muerte de Juan de Miranda Guerra. Y aquellos primeros países del XIX hechos por don Lorenzo Pastor de Castro y su

discípulo Nicolás de Alfaro y Brieva no pasaban de ser unas obras fantásticas, en un sentido romántico, compuestas en el estudio, de espaldas al natural... Hasta que Alfaro, primero, y Valentín Sanz y Carta, después, abandonando las Islas se trasladaron a Madrid, sometiéndose a las enseñanzas de don Carlos Haes, no empieza el verdadero e interesante paisaje en el Archipiélago —con la sola excepción de don Cirilo Truilhé—. ⁸ No niego, sin embargo, que Juan de Miranda fuera paisajista en el verdadero sentido de la palabra. Quizás no conozca yo sus países. El confirmarse tal extremo sería una sorprendente revelación.

⁸ También pintó *países* del indicado estilo fantástico Alejandro Saviñón, que posee hoy Don Manuel de Ossuna y Benítez de Lugo.—N. DE LA R.